

pal fué que se le creyó de acuerdo con los aliados que invadían la Francia; y se le hizo el cargo de que, en su fuga, pensaba ir á incorporarseles. ¡Y por qué encontráis cruel en Robles Pezuela, traidor vulgar como Almonte, lo que la noble Francia ha sancionado en uno de sus legítimos soberanos! Yo no culpo á vuestro buen criterio; pero repruebo altamente la injusticia con que injuriáis á México, fiado solo en que es una Nación débil.

Decís que Almonte, viniendo bajo la salvaguardia del glorioso pabellon frances, y trayendo una mision de paz y concordia, no podia, sin desdoro de la Francia, ser entregado en manos de sus enemigos. ¡Por qué desfigurais los hechos, M. Billault! ¡Por qué vestis de carnaval á la santa verdad! Decid lealmente, que vuestro soberano habia concertado con Almonte el proyecto de monarquizar á México: decid que Almonte vino á levantar su voz traidora para llamar en derredor suyo y de vuestro ejército á todos los descontentos, á todas las gentes perdidas, á todas las gavillas de vandoleros: decid que ese Almonte era el alma de la conspiracion, y entonces os creará el mundo; porque el mundo todo sabe ya á que atenerse en esta cuestion vergonzosa: el mundo toda palpa la lealtad, la rectitud, con que Luis Napoleon venia á proteger el *voto libre* de los Mexicanos, para que nombrasen emperador al que el mismo Luis Napoleon habia designado de antemano.

Pero os dá vergüenza designar á las cosas con sus nombres: y llamáis mision de paz y concordia á la mas vil y negra traicion; llamáis proteccion del glorioso pabellon frances al complot de un monarca con un hombre desnaturalizado; llamáis enemigo personal de Almonte al Poder Soberano de una Nación, que ejerce uno de sus mas nobles atributos: la justicia.

En vuestro frénético empeño de amontonar combustible sobre la nacionalidad mexicana, apelais á otros recursos, que no son mas leales, ni mas justificados que los anteriores.

Decís que en México los franceses son maltratados, vejados, asesinados. Vamos por partes.

Os pongo á los franceses residentes en México por testigos de que el gran partido liberal, que hoy se halla en el po-

der, fraterniza con ellos, les dispensa toda clase de consideraciones y los trata lo mismo ó mejor que á sus propios compatriotas.

Os presento el mismo testimonio para probar que no hay carga ni gravamen alguno, que recaiga solo sobre los estrangeros, quienes únicamente reportan los impuestos establecidos conforme á los respectivos tratados.

En cuanto á asesinatos, es cierto que dos ó tres franceses han sido víctimas inocentes. Pero ¿sabeis quien los ha asesinado? Las hordas inmorales que vos habeis asociado á los esforzados soldados de Francia. ¿Y sabeis por qué los han asesinado? Porque fraternizan con los demócratas: porque celebraron con entusiasmo el triunfo de la causa constitucional. ¿Y vosotros celebráis alianza con los asesinos, y amontonais injurias sobre los que han probado con hechos que os respetan y estiman!

Decís que el Gobierno mexicano se apropia los capitales estrangeros. Este cargo solo puede referirse al robo hecho en la casa de la Legacion inglesa, á la detencion de una conducta en Laguna Seca, y á la ocupacion momentánea de cuarenta y tantos mil pesos de los fondos de la convencion Penaud.

Pues bien: el robo de la Legacion inglesa fué hecho por los que ahora son vuestros aliados. El Gobierno constitucional lo reprobó altamente, y celebró con Mr. Mathew, encargado de negocios de Inglaterra, un arreglo, al que no ha faltado ni en un ápice.

La conducta de Laguna Seca fué ocupada por el General en jefe del ejército constitucional. El gobierno reprobó ese acto, devolvió la mayor parte del dinero; y en cuanto al restante celebró convenios con los interesados, les hizo exhibiciones cuantiosas, y si no están ya satisfechos del todo, culpád á vuestro ejército que ha venido á turbar la paz de la República.

El fondo depositado de la convencion Penaud fué ocupado por mí como Ministro de relaciones; pero Dubois de Saligny, al informar sobre este negocio, no debió omitir, como maliciosamente lo ha hecho, varias circunstancias importantes. El dinero fué ocupado en los momentos de una

necesidad extrema: el conocimiento de la ocupacion al ministro Saligny, en presencia del Presidente de la República y de todo el cuerpo diplomático: Saligny me ofreció que no haría mérito de este incidente, si el dinero era devuelto en el cortísimo plazo que yo habia fijado; y la reposición se efectuó.

Veis, M. Billault, cuanta distancia hay entre la verdad, sencillamente referida por mí, y esa misma verdad, intencionalmente desfigurada por vos!

Decís que el gobierno mexicano tiene la costumbre de ofrecer mucho y no cumplir nada. Para probaros que mentís, os aseguro que nunca podreis citar un solo hecho, que justifique esa calumnia.

Decís que el mismo gobierno viola las convenciones, rompe los tratados y falta á la fé prometida. Si comprendierais el interes que tiene todo hombre, y con especialidad el hombre público, en no merecer la nota de charlatan, os dejariais de palabras hinchadas, y citariais hechos. ¿Pero cuales podéis aducir? Uno solo; y vais á ver que él no comprueba vuestros injustos reproches. Ese hecho es la ley expedida por el congreso, suspendiendo por dos años el pago de la deuda nacional. Si esto os parece una violacion de los tratados, os equivocáis redondamente. Por que no es mas que el ejercicio de un derecho, reconocido por todas las legislaciones del mundo. Es el derecho que tiene todo deudor, ya sea una Nacion ya el mas triste negociante, para exigir esperas de sus acredores, cuando el atrazo inculpable de sus negocios no le deja otro camino. ¡Y necesitaré probaros que casi todas las Naciones han apelado á este recurso, inclusa la Francia en tiempo de sus famosos asignados? ¿Por qué, pues, esa tenaz insistencia en desfigurar la verdad?

Creéis haber dado un golpe maestro asegurando que el Gobierno mexicano violó una convencion celebrada entre M. de Saligny y el Ministro Zarco. Lo único que habeis probado es que no teneis cóto para mentir. Escuchad lo que hay de cierto en ese negocio. Los Sres. Zarco y de Saligny acordaron la tal convencion; pero uno de sus artículos expresaba que sería sometida dentro de un cierto plazo á la aprobacion del Congreso. El Sr. Zarco salió

del Ministerio antes del vencimiento del plazo: su sucesor sometió la convencion á la deliberacion del Congreso y éste ha tenido el buen juicio de no aprobarla. ¿Y á esto llamais violar las convenciones? ¿Y no se enrojece vuestro rostro al decir tales cosas?

Señores. Os he molestado con una larga digresion; y sin embargo no he podido hacer mas, que indicaciones generales. Queda aún mucho que decir; pero abusaria demasiado de vuestra paciencia. Vuelvo, pues, á tomar el hilo de mi discurso.

La calamidad que hoy pesa sobre nuestra Pátria es, á no dudarlo, grande y terrible: ella reclama toda nuestra atencion, todos nuestros esfuerzos. Y sin embargo yo estoy muy lejos de pensar que la situacion es desesperada. Creo, por el contrario, que hay circunstancias importantes, incidentes providenciales, que el Gobierno nacional puede convertir muy bien en sólidos apoyos de nuestra nacionalidad. Voy á indicaros los fundamentos de mi opinion.

En la época que hemos alcanzado las cuestiones internacionales se resuelven, no por los altos principios de justicia, sino con arreglo á los intereses de cada nacionalidad. Las Naciones, hoy día, se cuidan poco del derecho: creen haber hecho demasiado con invocarlo, pero en realidad no buscan sino lo que encuentran provechoso.

No os escandaliceis, Señores, de que yo diga, lo que todos vemos practicar.

Y bien: si el interes propio es el criterio universal, examinemos á su enfática luz lo que hoy llaman todos la cuestion mexicana.

Las únicas potencias de Europa que pueden atentar contra nuestra nacionalidad son la España, la Inglaterra y la Francia.

Al hablar de España tal vez cometo una imprudencia; pero os aseguro que voy á decir la verdad, tal cual la concibe. Creo que España nunca consintió de buen grado en perder su rica colonia: recuerdo que hizo tentativas inútiles para recobrarla; y no vacilo para asegurar que, de algunos años atras, el proyecto de monarquizar á México tiene su verdadero asiento en el gabinete de Madrid.

Pero la buena fé de Luis Napoleon ha venido á desorientar completamente á la España.

Recordad que las fuerzas españolas fueron las primeras en invadir nuestro territorio. Recordad tambien el aire de conquista con que se presentaron.

Despues vino el General Prim á cambiar del todo la política española. Y ved como juzgo yo esa estraña peripécia.

El Conde de Reus es un cumplido caballero; yo reconozco que tambien es un hábil político. Al encargarse del mando del ejército español, ya Luis Napoleon habia avanzado demasiado en sus proyectos relativos al archiduque Maximiliano. Los comisarios franceses y Almonte, *mejor reformado que ellos*, lo decian sin embozo. ¿Qué podia hacer España? ¿Plantar frente á la candidatura de un austriaco, la candidatura de un Borbon! Esto era tanto como ponerse frente á frente de Luis Napoleon; y era tambien divertir al mundo con el mas grotesco espectáculo. ¿Seguiria España adelante, reservando para mas tarde su proyecto favorito! Pero entonces su mision era muy divertida—quedaba reducida á asegurar la presa al mismo que se la venia á arrebatarse. Y como el poder francés es muy superior al poder español, S. M. C. [usando una espresion vulgar] habria hecho un pan como unas hostias.

He aquí, en mi opinion, por qué el gabinete de Madrid aprobó la conducta del caballeroso General. He aquí por qué pienso que la España está imposibilitada de presente y futuro para realizar su dorado ensueño de coronar en México á un príncipe Español.

Respecto de Inglaterra tengo muy distinta opinion. Su interes mas urgente está en contener los rápidos progresos de la raza anglo-americana, su competidora temible en la industria, la marina y el comercio. Tiene otro interes de primer órden, y es: el de contar en América con ricos mercados, en los que los efectos ingleses conserven la supremacia de que hoy gozan. Tiene aun otro: el de las primeras materias para su colosal industria. Hasta hoy las ha recibido casi todas de los Estados-Unidos del Norte; pero seria para ella un dia de placer, aquel en que pu-

diera ministrarlas otra raza cualquiera. La Inglaterra conoce muy bien á México, para saber que, el dia en que florezca su agricultura bastará para proveer al mundo.

Ahora bien: una dominacion estraña en México solo podia ser ejercida por la misma Inglaterra, por la Francia, ó por la España. El gabinete inglés sabe muy bien que cualquiera de estas dos últimas comenzaria por considerar como suyos el mercado y los productos de la agricultura mexicana; tratarian de aprovecharlos para su propio comercio y su propia industria; resultando que los efectos ingleses perdieran la libre circulacion que hoy tienen y que la industria inglesa continuase siendo dócil tributaria de los Estados-Unidos. Y esto, sin contar el inmenso perjuicio que resentiria la marina inglesa.

Ademas, (y esta es una razon para que la Inglaterra no intente ser ella misma la dominadora) los Estados-Unidos rechazarán, tarde ó temprano, con las armas toda intervencion europea en este continente. La Inglaterra sabe muy bien que para vencer sobre el suelo de América á esta nacion no bastaria ni toda la Europa, reuniendo sus recursos; y comprende que tal empresa, lejos de contener á su rival, le daria un impulso y un ascendiente extraordinarios.

Hay otra razon concluyente para que la Inglaterra no piense jamas en dominar á México. Para efectuarlo necesitaria traer y establecer aquí á un crecido número de ingleses; y ya sabe por esperiencia propia lo que debe esperar de sus hijos, toda vez que hayan creado intereses locales de este lado del Atlántico. La Inglaterra no se equivoca dos veces en el mismo sentido.

Nos queda la Francia.

No estrañeis, Señores, lo que voy á decir. Son mis íntimas convicciones; y las encuentro fundadas en datos incuestionables.

El pueblo francés se creeria deshonrado, si fuese autor del infame atentado, que Luis Napoleon no ha tenido vergüenza de emprender. El pueblo francés ha hecho sacrificios inmensos por la libertad del mundo. El pueblo francés está (perdonad la espresion) abrumado por las glorias que ha sabido alcanzar; por la gratitud de todas las generaciones;

por el respeto que á todos infunden su nobleza y lealtad. El pueblo frances no borraría con un momento de criminal codicia, todo un siglo de nobleza, de heroicidad, de filantrópico desprendimiento.

El pueblo frances no está bien informado de lo que realmente pasa en México. ¡Tiembale Luis Napoleon! El momento en que ese pueblo generoso conozca la verdad, será el último de la odiosa tiranía, que tanto se ha dilatado en sacudir.

Pero véamos la cuestión á la luz del principio que hemos adoptado por tema. ¿Qué interes puede tener la Francia en arrebatár á México su nacionalidad? Haced á un lado las colosales empresas de Napoleon el grande, y vereis bien claro que jamas ha tenido ni aún la tentación de hacerse conquistadora. El pueblo frances aspira á llenar el mundo; pero por el génio, por la inteligencia, por las ciencias, por las artes, por la práctica de todas las virtudes, por la observancia de todos los derechos. ¿Y no lo ha llenado ya? ¿Quién puede negar á la Francia el justo renombre de caballerosa é ilustrada?

Ahora, pensar que la Francia busque dominaciones ó protectorados en este continente, es desconocer al génio frances. Creer que sus intereses materiales se estiendan mas allá de la libertad del comercio, de la industria y del trabajo, es suponerle gratuitamente aspiraciones, que nada hay absolutamente que pueda autorizar.

Los verdaderos enemigos de México son Luis Napoleon y Juan N. Almonte. La versatilidad de éste y la ambición de aquél son las que han comprometido las armas francesas en una empresa desleal y vergonzosa.

Los motivos que han impulsado á esos dos hombres no son ya un misterio. La prensa europea ha revelado alguno, y yo tengo el derecho de referirlos todos.

Los célebres bonos de Yecker, ese ejemplo inaudito del ágio mas inmoral, son el primer motivo. Altos personajes de la corte de Luis Napoleon adquirieron una buena parte de esos bonos. ¿A qué precio? Valió mas el plato de lentejas con que Jacob compró la primogenitura de Esau. El precio fué la esperanza de que la nacion francesa tomaría

bajo su protección ese crédito escandaloso. Los honrados negociantes habian improvisado una bonita fortuna. ¿Cómo no interesar al emperador en su cobro? ¿Y cómo el emperador negaría un servicio tan pequeño á tan altos personajes, entre los que no faltaba alguna persona de su familia?

Almonte, mexicano, y segun el emperador muy influente en México, tuvo buen cuidado de informarle: que la conquista de la República era tan fácil, que para consumirla bastarian cinco mil franceses, los que serian recibidos con arcos triunfales por un pueblo, que aclamaría por emperador al que S. M. I. se dignara designar.

Con tan buenos informes (que tambien dieron y encarecieron otros dos ó tres mexicanos) reducirse á una sola reclamacion, era muy poco. Dominar á México y darle por emperador á un individuo de la casa de Austria, era cosa de que podia sacarse algun provecho. Así se estendia en una parte no pequeña de América la influencia napoleónica. Así se preparaba al Austria para que (*regalo por regalo*) ella cediese, siquiera á Venecia. Así se completaba el renviendo, aun pendiente, en Italia; pudiendo *contentar*, tal vez hasta al mismo Papa, mediante una de esas evoluciones de que ya tenemos ejemplo.

Pero, ¿que pretesto alegar ante la Francia, ante el mundo? Nada mas facil: los bonos de Yecker, la convencion francesa; y mas que todo los imparciales informes de Gabriac y de Saligny, que tambien son del número de los honrados especuladores.

Con tan leales intenciones se fué á empeñar la fé de la Francia en la convencion de Londres. Pero, ¿como desperdiciar esta coyuntura? Si la Inglaterra y la España se dejaban engañar, tanto mejor. Si retrocedian ante la criminal conducta de los comisarios de Luis Napoleon, éste tiene sobrado poder para consumir la obra por sí solo; y ademas Almonte traerá á su derredor á todo el pueblo mexicano.

Asi es como, bajo la salvaguardia del honor frances, se mintió en la convencion de Londres, se mintió ante la cámara legislativa de Francia, se mintió en los preliminares de la Soledad. Y cuando se creyó haber reunido los ele-

mentos necesarios para realizar el complot, los comisarios franceses aventaron la careta, dando un ejemplo escandaloso, de perfidia y deslealtad, que la Francia no puede aceptar y que México sería injusto en atribuirle.

Luis Napoleon dispone, es cierto, de los recursos y del ejército de Francia; pero no es creíble que esa Nación ilustrada reporte mucho tiempo la nota infamante con que se la quiere manchar: no es creíble que permanezca de fría espectadora, cuando para realizar proyectos insensatos, se prodiga su sangre, sus tesoros y su limpio honor.

México debe conservar la actitud noble y digna en que ha sabido colocarse: debe *á toda costa* redoblar su actitud. Le costaría muy poco hacer un pronto esfuerzo para obligar al General Lorencez á una capitulación. Sus fuerzas saldrán de la República: Luis Napoleon se dilatará mas en mandar los treinta ó cuarenta mil hombres que ahora cree necesarios: cuando estos estén listos, ya nuestros puertos se hallarán en estado de defensa: el invasor necesitará entonces, sobre el ejército de tierra, una escuadra que, si puede, le abra las puertas. Entre tanto, Dios hará resplandecer la justicia. Yo tengo el presentimiento de que el primer anuncio que nos vendrá de la cesacion de la guerra, será la grata noticia de la libertad del pueblo francés.

Por lo demás, la experiencia de toda nuestra vida nacional está probando, que en los grandes conflictos es donde México ha conquistado los grandes principios: allí es donde han brotado para ella las fuentes del bien.

La dominacion española precipita al pueblo á buscar una situacion mejor. La guerra de independencia cria y educa el sentimiento nacional. El efímero imperio abre una puerta amplísima al principio republicano. El régimen monstruoso de las siete leyes consolida la fé en el sistema federativo. Las bases de Tacubaya dan actividad á la democracia adormecida. La tiranía que sigue al plan de Jalisco despierta al espíritu de reforma. El golpe de Estado y la farza de Zuloaga y Miramon dan ocasion para que la reforma avance, casi hasta el último término, en el orden político y social. ¿Por qué, pues, no esperar que la invasion napoleónica marque la época de la reforma gubernativa, de

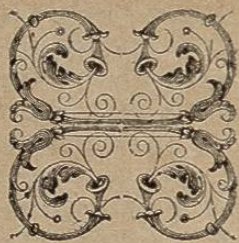
la reforma judicial, de la reforma hacendaria? El gobierno debe emprenderla con fé, en medio del conflicto, al frente de las fuerzas invasoras, al estallido del cañon.

De ese modo, y aprovechando las muy favorables circunstancias que no he hecho mas que insinuar, se cubrirán de gloria los hombres que hoy rijen nuestros destinos. Y si en los altos arcanos de la Providencia está que México sucumba, sucumbirá con honor. Pero, si, como me dice mi corazón mexicano, hemos de salir airosos de la contienda, el mundo verá que el partido liberal mexicano, aún en los momentos supremos del peligro, trabajó por el bien de su patria y por el honor de su bandera, que es la de la justicia, la de la libertad, la de la dignidad humana. Y nuestros Héroes, que descansan en el seno de Dios, nos encontrarán dignos de la independencia, que á costa de su sangre, supieron alcanzar.

He concluido, Señores. Pero permitidme, que, como al empezar, haga una apelacion á vuestra indulgencia. Sabéis muy bien que, hace mas de un año, me separé de toda intervencion en los negocios públicos, corté todas mis antiguas relaciones, eché un velo hasta sobre mis mas íntimas amistades; y poniendo entre el mundo y yo uno de vuestros desiertos, llevo en el fondo de este una vida ignorada y casi selvática. En vuestros desiertos no se puede estar al corriente de los sucesos; ni se puede poseer esa delicadeza de expresion, esa elegancia de estilo, esa riqueza de lenguaje, que tanto realce dan á un orador. A esto se debe agregar la torpeza invencible que, para manejar la pluma, experimenta una mano encallecida.—No era de esperar que yo fuese designado para este honorífico encargo; y aún despues de la eleccion debí escusarme. Pero ¿como negar un servicio tan corto al Estado generoso que me dá todo lo que le he pedido: el nombre de hijo y la quietud de un retiro!

Escuchadme una palabra mas. En la vida apacible que hoy tengo, un solo remordimiento viene á turbar la paz de mi alma, y procede de que no estoy empuñando un rifle al frente de los invasores de mi *PATRIA*. No voy á pronunciar una disculpa. Juzgadme con severidad, mas bien que con indulgencia. Pero vosotros no renunciéis á esa gloria,

que es la primera, la mas pura, la mas santa. Conjurad la tempestad que truena sobre nuestras cabezas; apartad el azote que está pronto á caer. Salvando nuestra nacionalidad honraremos dignamente la memoria de nuestros heroes; y podreis, llenos de noble orgullo, ostentar ante el mundo "ese placer inefable, esa alegría tierna y efusiva que, al contemplar las glorias de su Patria, experimentan los hijos de una Nacion feliz."



BIBLIOTECA

BIBLIOTHECA CENTRAL
U. A. M. L.

F 12
G 8
186

1868
1868
1868